

# EL CAUTERIO SOCIAL

CAUTERIO: Instrumento que usan los cirujanos para aplicarlo candente a las heridas o llagas del cuerpo.

Periódico quincenal. Órgano de todos los que puedan decir y probar verdades. Cauterizará las llagas sociales sin distinción

Año 4.	SUSCRIPCIÓN:		Manzanares, 22 de Julio de 1933	NÚMERO SUELTO 10 CENTIMOS	Núm. 53
	Trimestre . . . . .	0'75			
	Semestre . . . . .	1'50			
	Año . . . . .	3'00	CORRESPONDENCIA: ARMONIA. 5.	Aparece los sábados correspondientes	

De los artículos firmados son responsables sus autores

## Sufriendo... hasta en el tren

Un asuntillo periodístico nos ha llevado a la Ciudad Real. Hay quien durante los viajes, descansa, se distrae y se aparta, en el tiempo que duran, de las ocupaciones cotidianas, refrescando su mente con impresiones nuevas, y sintiendo el agrado de romper la monotonía del *siempre igual*. Nuestras fibras sensitivas tan tensas siempre, y dispuestas a vibrar fuertemente al menor contacto con la visión del dolor ajeno, producido por cualquier causa, pero sobre todo por la injusticia social, hace que el *«siempre igual»* lo llevemos siempre encima. Por eso no es extraño que de ese corto viaje haya salido este artículo, o lo que sea.

Estamos de regreso; y, como siempre, viajamos en *«1.ª de tres tramos»* mezclados con los nuestros; con la gente que trabaja y suada y produce y sufre demasiado, hasta que la cultura, el coraje, el valor cívico y la unión, la lleven a tener un arranque máximo, estudiado y justiciero, que haga desaparecer las inhumanas desigualdades, los irritantes privilegios y las criminales injusticias, que, el infamante dinero produce en esta depravada sociedad, y barra de ella las paradojas, los contrastes y las faltas a la lógica *«humanista»* mas elemental, que supone, en este caso, que obreros rendidos por el trabajo que producen lo que los señoritos consumen en la holganza, tengan que asentar sus carnes doloridas por la ruda faena, en las duras tablas de estos viejos y desvencijados coches que se utilizan en los ramales cortos, mientras los ricos, los zánganos de la columna social, los que ningún trabajo útil a la humanidad, realizan; los descansaditos, van arrellenados en blandos asientos, separados de los parias; de los que huelen a sudor; de los incultos por su causa; de la despreciable filtrada humana...

Sus trajes impecables, que, no obstante, llevan mezclada *«ESENCIA»* de sudor proletario y *«espiritus»* de lágrimas familiares de las esposas y de los hijos de los obreros, no pueden rozarse, ni por descuido, con la blusa del segador, ni con la sencilla chaqueta del sufrido menestral. Sus adornos y sus alhajas, han de lucirlas donde puedan rivalizar con otras de su inútil clase,

La fatalidad nos ha llevado a un departamento en el que hablamos de pasar un mal rato. Estábamos en uno ocupado totalmente; íbamos a tomar un *«boudillo»* y no podíamos extender a guisa de mantel, el papel en que lle-

vábamos la comida; (una libreta y unas pasas de Málaga), miramos el resto del coche, y vimos un lado de tres asientos desocupado y a él nos fuimos a extender el *mantel* y a darnos el *bonquete*.

En el mismo departamento, a nuestra derecha, van cuatro mujeres del pueblo, cuatro verdaderas señoras, (para nosotros) de las que honran con su trato nada *«distinguido»* y con su conversación nada *«refinada»*, y con su olor al sudor que produce el mezzuino alimento de los suyos y las pesetas con que los ricos se compran los trajes impecables, las alhajas y los adornos y los billetes de 1.ª, y los autos insultantes...

Nos emocionamos al oírles referir rasgos de sus vidas pasadas y presentes. (Nosotros encontramos emocionante cualquier cosa, por lo que se vé.) —Yo he venido muchos años a vendimiar a Manzanares, y he ido a cojer aceituna a Andalucía;— dice una —. —Yo he ido a vendimiar a Tomelloso y a cojer aceituna a Moral de Calatrava;— dice la más vieja;— y cuando envidié y me quedaron ocho hijos, enjabegaba, lavaba, espigaba y... *«rabiaba»*, para ganarles el pan.

Han vivido y viven del trabajo honrado, por ser propio.

Después se refieren al motivo de su viaje, entre suspiros y lágrimas. Han ido a Ciudad Real por idéntica causa: las cuatro tienen a sus deudos en la cárcel. El dolor la identifica y aproxima a la que inspira más respeto y compasión. Dolorosamente impresionados, inquirimos los motivos de la detención de sus parientes. La primera que nos contesta es Josefa Mousalvez; es de Almuradiel, casada en Castellar de Santiago con Plácido Rojo, que, según su atribulada esposa, escapó con vida, por chiripa, de los lamentables y sangrientos sucesos de aquel pueblo; pues resultó con tres heridas. Ahora está en Ciudad Real a responder de otra causa que se le sigue por otro asunto social. Es un militante en la organización obrera y por lo tanto es un *«elemento peligroso»* para la clase capitalista. La pobre señora nos dice, que los burgueses la boicotean sañudamente; pero que no faltan buenas personas que la favorezcan facilitándole alguna dádula, o alguna ocupación con que poder dar pan a sus cuatro pequeños. Lava ropa ajena; espiga cuando puede y la dejan, y así puede librar del hambre a sus hijos. Haciendo un esfuerzo supremo de economías ha juntado para venir a ver a su marido y a enseñarle

al pequeño hijo de ambos (que ha venido a este indecente mundo a sufrir mientras su padre en la prisión,) y a traerle ropa de recambio. La pobre señora lamentaba amargamente que no la hubiesen dejado despedirse de su marido, que por indicación de ella misma había ido a cambiarse de pantalones. Nos parece muy duro; excesivamente riguroso el *«orden»* carcelario; y aunque comprendemos la obligada reglamentación a que están sometidos los carceleros, creemos que no se hubiesen hundido las esferas, con haber dejado a esa desgraciada esposa dos minutos más hasta que su marido hubiese vuelto, para despedirse de él. Estamos seguros, segurísimos, que si se hubiera tratado de un parásito social, de un rico burgués, no hubiese emplado ese rigorismo el *«obrero»* de la prisión. Costará mucho trabajo desterrar el atavismo de la adulación al potentado y la excesiva consideración a la clase dominante.

De boca de la compañera de Rojo hemos escuchado cosas espeluznantes, que rebajan y deshonran la especie humana, acaecidas en Castellar en aquellos luctuosos sucesos y realizados por las personas que se precian de inteligentes, de gente de orden y de cristianos. Las fieras más carnívoras y terribles no hubiesen descendido a tanto, como descendieron muchos que se tienen por cultos y por creyentes en la religión de Jesucristo, que les manda no matar y sufrir con paciencia las flagelaciones del prójimo. Lo que más nos indigna es cuando nos refiere en la forma que asesinaron al camarada Oliverio Coronado, teniendo en brazos a una criaturita de poco tiempo, hija suya, y cuando pedía por sus hijos que no lo mataran. Es terrible. Razón tiene Celso Gomis, cuando al definir al hombre dice en sus *«Lecturas Instructivas»*: *«Por eso dice que el hombre es un «ser racional»; pero cuando se encolectiza, cuando se deja cegar por la ira, pierde la razón, desciende al nivel de los brutos y comete toda suerte de brutalidades. Y lo que sucede con el individuo sucede también con las colectividades; un pueblo encolerizado se entrega a toda clase de desmanes, sin reparar si son inocentes o culpables aquellos a quienes toma por blanco de sus iras. Y lo mismo sucede con las naciones: en las guerras entre los pueblos civilizados y los salvajes, no son los ejércitos de aquellos los que menos salvajadas cometen»*...

Yo preguntaría a los creyentes de buena fe: *«¿Podéis concebir, lógicamente que aquello lo presenciase impasible un Dios infinitamente bueno y justo que todo lo puede y por lo mismo podía evitar aquellos terribles*

acontecimientos? ¿Podéis admitir que cualquier padre medianamente decente puede consentir esos crímenes entre sus hijos pudiendo evitarlo? ¿Quién que medio sienta amor por la Justicia no hace lo que puede por combatir la causa de la discordia humana, que no es otra cosa que la injusticia social? ¿Quién...?... ¡Cortemos; cortemos! y dediquemos unas líneas a las otras compañeras de viaje; pues no sabemos donde llegaríamos si nos metiésemos con ese juez tan beato, que según Josefa era el primero en disparar y en excitar a los suyos a exterminar a todo lo que olera a obrero asociado. ¿Así perdonaba a sus enemigos?

Juliana Salas Tercero y Amparo Corrales Amarillo, madre y esposa respectivamente de Silverio Ibañez Salas lamentan que su hijo y esposo esté preso injustamente; pues dicen que hace poco más de nueve meses, y en ocasión que no tenían trabajo y el hambre les acosaba, decidí, ya desesperado, salir con otros compañeros a cazar, con el fin de traer algo para dar de comer a sus cinco pequeños que tienen derecho a la vida; y, que lo que buscaba era una cosa que se cria sola en el campo. Pero lo que con más dureza y razón censuraban es que han ido a detenerlos cuando los pobres estaban segando; cuando ganaban para poder ahorrar unas pesetas para comprar harina con que comer aunque sólo fueran *«cachas»* algunos días después de terminar la siega. Se duelen con razón de que no los detuviesen cuando estaban parados. Cuentan las infelices, calamidades; y dicen, que como a los chicos no los dejan pedir limosna, ni a ellas espigar, que están desesperadas y pasan hambre.

Y todo lo dicen llorando, y por lo que vemos, sin enterrecer a ese Dios que *«está en todas partes»* y *«todo lo puede»*... ¡No fuera malo!

La joven Teresa Castellanos Serrano sufre y se queja también de que su marido Justo García esté preso por lo mismo que Silverio y lo hayan detenido ahora que ganaba el jornal después de un paro tan largo; pero como aún no tienen hijos no es tan desesperada su situación.

¡Qué asco dan ciertas cosas! Verdaderamente que es un *«crimen horrendo»* ir a cazar, para dar algo que comer a los hijos. ¡Tanto trabajo como les ha costado a los burgueses *«hacer»* los montes y *«criar»* la caza! Dan ganas de exclamar: *«Sociedad, hipócrita, humanidad criminal: yo te escupo.»* Pero es mejor callarse; llevar la corriente; y el que se muera de hambre que no hubiese nacido. ¿Verdad señores de cerebro huerro y corazón empedernido y eucanallado?...

ANTONIO PINES NUÑEZ